



Capítulo 582: Los generales de Virgilio regresan

El sonido metálico de las puertas abriéndose resonó por todo el pasillo.

Virgilio dio su primer paso hacia la prisión, con el eco de sus botas resonando en las paredes de hierro. El aire era pesado, denso—una mezcla de óxido, polvo y maná comprimido. El techo alto y las luces parpadeantes creaban sombras largas y danzantes por sí solas, como si el inframundo mismo respirara a través de ellas.

A pesar del entorno infernal, la arquitectura era... sorprendentemente humana.

Las celdas estaban alineadas en bloques simétricos, los pasillos eran anchos e incluso las cámaras de vigilancia todavía estaban allí —aunque, por supuesto, no había guardias humanos durante mucho tiempo.



Vergil respiró profundamente.

Sí. Él conocía bien este lugar.

Fue aquí donde, hace unos meses, había pasado una tarde entera aplastando la resistencia de cada prisionero —criaturas demoníacas, asesinos, traidores y generales caídos— hasta que cada uno de ellos se arrodilló, reconociendo un solo nombre: Virgilio.

Desde entonces, la prisión dejó de ser penitenciaria. Se había convertido en un territorio.



Un dominio.

Su dominio.

Pero aún así, había un nerviosismo sutil en el aire.

Virgilio rara vez mostró emoción, pero esta vez... respiró un poco más profundo de lo habitual. La razón era simple—él sabía quién estaba a punto de irse.

Los tres.

Sus generales.

Valerie. Gwen. Kaori.

Tres desastres andantes en forma humana —cada uno lo suficientemente peligroso como para liderar ejércitos, pero lo suficientemente irritante como para poner a prueba la paciencia de un dios.

El sonido de las cerraduras volvió a resonar.

Las puertas de acero comenzaron a abrirse.

Virgilio se mantuvo firme, con la mirada fija en la entrada principal. La energía del inframundo se onduló a medida que las barras se abrían. Un rayo de luz roja atravesó el pasillo... y entonces, tres figuras emergieron de las sombras.





La primera en emerger fue Valerie, la más alta... vestida con su uniforme de prisión —rayas negras y grises— estaba roto en algunos lugares. Aun así, lo usó como si fuera un atuendo formal. Su mirada, aguda y segura, se encontró inmediatamente con la de Virgilio.

Justo detrás de ella venía Gwen, con una sonrisa perezosa en su rostro. Ella estaba masticando chicle —nadie sabía de dónde lo había sacado— y el crujido constante del chicle contrastaba con la tensión en la habitación.

Y por último, Kaori, con una mirada serena y una postura impecable. A diferencia de los otros dos, caminaba con elegancia, incluso vistiendo su sencillo uniforme y las esposas rotas que aún colgaban de una muñeca.

Los tres se detuvieron un momento cuando lo vieron.

"¿Jefe...?" La voz de Valerie llegó primero, vacilante, casi incrédula.

Vergil no respondió. Él simplemente cruzó los brazos y observó.

Eso fue suficiente.

La comprensión amaneció— y la reacción se produjo como una explosión.

Valerie dejó escapar un grito que resonó por todo el pasillo, y antes de que Vergil pudiera retirarse, ya estaba corriendo hacia él.

"¡Jefe!" Ella gritó y una amplia sonrisa iluminó su rostro.

Justo detrás de ella, Gwen y Kaori la siguieron, el sonido de pasos apresurados y risas rompiendo el pesado silencio de la prisión.



Vergil dio medio paso atrás, casi instintivamente, pero no tuvo tiempo de alejarse.

Los tres lo rodearon en un abrazo grupal, aplastándolo fuertemente.

"Tú..." comenzó, con la voz apagada contra el hombro de Valerie. "...siguen siendo los mismos."

"¡Jefe! ¡Pensábamos que te habías olvidado de nosotros!" Gwen exclamó, agarrándole el brazo como a un niño. "¡Has estado ausente durante meses!"

Kaori, aunque más contenida, también lo abrazó brevemente, con una pequeña pero genuina sonrisa. "Es bueno ver que todavía está en una sola pieza, señor."

Vergil respiró profundamente, tratando de recuperar algo de espacio personal.

"Déjame ir."

Valerie, sin embargo, sólo apretó el agarre. "Oh, vamos, jefe... ¡pongámonos al día!"

"Dije... déjame ir."

El tono helado de su voz hizo vibrar el aire.

Un segundo después, los tres retrocedieron, casi sincronizados, arreglándose el cabello y tratando de lucir serenos.





Durante unos segundos, el único sonido fue el eco lejano de cadenas rotas.

Gwen se rascó la nuca y se rió torpemente. "Jeje... bueno, sí... simplemente estábamos felices, ¿sabes?"

Valerie cruzó los brazos y su mirada se posó en el suelo. "Sí. Es un poco difícil mantener la compostura después de haber estado encerrado aquí durante tanto tiempo."

Kaori, siempre la más racional, respiró profundamente. "Le pido disculpas, señor. La emoción nos venció por un momento." Vergil acaba de observarlos. Su mirada fría y analítica parecía perforar a cada uno de ellos, como si midiera cuánto habían cambiado.

Y la verdad era que eran diferentes.

Más fuerte. Más centrado. Pero aún así, los mismos monstruos leales de siempre.

"Me siento aliviado de saber que todavía están vivos", dijo finalmente. "Pensé que se habrían matado antes de que yo llegara."

Gwen se rió entre dientes. "Casi sucedió. Pero luego recordé que prometimos esperarte."

"Y también porque le habría roto el cuello primero," comentó Valerie, mirando a Gwen.

"¡Hola! ¡Estuve bien!" Gwen respondió inflando sus mejillas.





Kaori suspiró y se frotó la frente. "Peleaban...tres veces por semana."

"¿Tres?" Vergil preguntó arqueando una ceja. "Pensé que serían al menos siete."

Valerie le guiñó un ojo. "Oh, jefe, nos conoces demasiado bien."

El tono provocador hizo que Vergil cerrara los ojos por un momento y respirara profundamente. Cuando los abrió de nuevo, el brillo azul en sus iris era más intenso.

"eso es suficiente." Enderezó su postura. "Ahora..." murmuró mientras su aura demoníaca comenzaba a filtrarse de su cuerpo...

"¿Por qué carajo están mis tres generales atrapados en la prisión de demonios?"



El aire dentro de la prisión cambió.

La temperatura se desplomó.

El aura demoníaca de Virgilio se extendió por el corredor como una tormenta comprimida. Las paredes comenzaron a crujir, el suelo tembló y las luces parpadearon. Era como si el inframundo mismo contuviera la respiración.

Los tres sabían lo que eso significaba.



Valerie, Gwen y Kaori se miraron— y por primera vez desde que salieron de la celda, su emoción desapareció.

Vergil dio un paso adelante y sus ojos azules parpadearon.

"Ahora... explícame", dijo con voz baja, grave, casi vibrando en sus huesos. "¿Por qué diablos están mis tres generales atrapados en la prisión de demonios?"

El silencio que siguió fue casi ensordecedor.

Valerie abrió la boca, la cerró, se rascó la nuca y miró a Gwen.

"Entonces... ¿quién empieza?"

Gwen levantó las manos. "¿Yo? De ninguna manera. La última vez que abrí la boca, casi me arrojó a otra dimensión."

"Eso es porque hiciste estallar toda la armería", respondió Kaori sin emociones.

Gwen resopló. "¡Estaba probando una teoría!"

Virgilio cruzó los brazos con la mirada helada. "Todavía estoy esperando una respuesta coherente."

Valerie suspiró y dio un paso adelante.

"Está bien, está bien, está bien. Fue... en parte culpa mía."





Vergil levantó una ceja. "¿Parcialmente?"

Levantó las manos, tratando de parecer tranquila. "Tenía una misión sencilla: eliminar a un grupo de comerciantes de almas que traficaban esencias desde el infierno a la superficie."

"Simple. ¿Quién dio esta misión?" Virgilio repitió secamente.

"Sí, era Paimon. Bueno, volviendo al tema, tenían un líder bastante... peculiar. Un tipo llamado Arkan."

Virgilio frunció el ceño. "¿El demonio del humo? Leí esa basura cuando ocurrió el incidente de Excalibur Shards en Los Ángeles."

Valerie asintió. "Ese es." Pero entonces el idiota empezó a burlarse de ti, diciendo que eras un "mito sobrevalorado" Así que, por supuesto, tuve que demostrarte que estabas equivocado.



Kaori cerró los ojos. "Destruiste una ciudad entera."

Valerie se volvió hacia ella. "'Toda la ciudad' es una exageración! Era sólo... la mitad."

Vergil la miró en silencio durante largos segundos. El peso de su mirada hizo que el aire fuera casi sólido.

"Continuar."



"Entonces... sí, me salí un poco de la línea. Y antes de darme cuenta, el guardia del infierno ya estaba detrás de mí."

"Y te dejaste capturar", afirmó Virgilio sin emociones.

Valerie se aclaró la garganta. "Técnicamente... sí."

El sonido del suspiro de Virgilio parecía resonar como un trueno.

Dirigió su mirada hacia Gwen. "¿Y tú?"

Gwen dio un paso atrás y señaló a Valerie. "¡Sólo estaba tratando de ayudar!"

"¿Ayuda'?" Virgilio repitió, con la voz fría como el acero.

Ella sonrió nerviosamente. "¡Sí! Cuando escuché que la habían arrestado, pensé: 'Bueno, si entro allí disfrazado, puedo liberar a Val y salir sin que nadie se dé cuenta.'"

"¿Qué salió mal?" preguntó, sabiendo ya que la respuesta sería absurda.

"Todo." Gwen levantó las manos. "Logré entrar, pero... bueno, quizá me excedí con el camuflaje."

Valerie resopló. "Camuflaje'? ¡Convirtiste a la mitad de los guardias en piedra!"

"¡Necesitaba tiempo!" Gwen se defendió. "¡Y no fui yo quien destruyó una puerta dimensional intentando escapar!"



"¡Hiciste estallar el puente principal!" Valerie espetó.

Kaori suspiró y cruzó los brazos. "Y ahí es donde entro yo."

Virgilio la miró en silencio.

"Cuando me di cuenta de que los dos estaban atrapados, tú —o, mejor dicho, el clon que dejaste a cargo— me ordenaste que los trajera de regreso"

Vergil asintió lentamente. "Está bien. Continuar."

"Pero... el clon se disolvió antes de que yo abandonara el inframundo, y las instrucciones estaban incompletas. Entonces, cuando llegué, los encontré a los dos discutiendo, la mitad de la prisión en ruinas y una rebelión demoníaca en marcha."



Virgilio frunció el ceño. "¿Rebelión?"

Kaori miró al suelo, avergonzada. "Sí. Valerie pensó que sería una buena idea guiar a los prisioneros a 'mostrar poder' y facilitar la fuga."

Valerie levantó las manos. "¡Funcionó, parcialmente!"

"¡Casi fuiste coronada reina de los condenados!" Kaori replicó exasperada. "¡Estaban a punto de construirte un trono hecho de huesos!"

Gwen se echó a reír. "Lo admito, eso fue divertidísimo."



"¿Divertidísimo?" Kaori se volvió hacia ella con incredulidad. "¡Estabas vendiendo chicle a la gente de las celdas!"

"Bueno, alguien tenía que sacar provecho de la rebelión." Gwen se encogió de hombros y sonrió.

Virgilio cerró los ojos y se masajeó las sienes. "Maldita sea... ¿cómo pasó eso en ocho meses..."

Luego se dio la vuelta, "¿Y dónde está ese tipo cuyo nombre olvidé?"

Kaori miró a Valerie, quien miró a Gwen...

Los tres levantaron la mano. "Está muerto."

